

Por JAVIER CHIABRANDO

Durruti, un desafío para la literatura

Página 2



Por LEONARDO HUEBE

El hombre que se asomaba al futuro

Página 3

Por DAMIÁN TABAROVSKY

Saberes de pasillo, de Horacio González

Página 4



télam  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 7 | NÚMERO 330 | JUEVES 29 DE MARZO DE 2018

# La cronista del sueño americano

Con textos de no ficción, que representan décadas de trabajo de una pluma sólida, elegante, informada y puntillosa, Joan Didion retrató en crónicas y ensayos las desviaciones de un Estados Unidos en plena ebullición.

“A lguien hace un cálculo numerológico de mi nombre y del nombre del fotógrafo que me acompaña. Al fotógrafo le sale todo blanco y el mío (...), pero mi nombre tiene un símbolo de muerte doble”. El nombre es el de la novelista y ensayista norteamericana Joan Didion. Esto fue escrito por ella para *The Saturday Evening Post* en 1967 y luego publicado en libro bajo el título *Armas y hombres hacia Belén*, una extensa y muy célebre crónica acerca de la escena que se vivió en la San Francisco de finales de los 60. Aunque uno descrea de profetas y de karmas, conviene detenerse en este pasaje. Décadas más tarde, la vida de Didion se vio atravesada por la muerte. Por dos muertes, para ser más exactos y darle la razón a ese “alguien” que aparece en un departamento de San Francisco en el que todos fumaban hashís o estaban de ácido. En el transcurso de poco menos de dos años, Didion perdió a su marido y a su hija. Sobre la primera muerte escribió en *El año del pensamiento mágico* (2005); sobre la segunda, en *Noches azules* (2011).

Mucho antes de sufrir estas desgracias personales que conituyó escribiendo, Joan Didion ya tenía una obra importante. Esta obra puede leerse en un libro que, esperamos, la casa editorial que posee los derechos de la escritora traiga pronto a nuestro país (sólo se consigue por Kindle).

SIGUE EN LA PÁGINA 3 →



Archivo histórico de revistas Argentinas | www.ahira.com

En el marco de la exposición homenaje "Con vida propia" que le dedica el Malba, el artista argentino David Lamelas, pionero del arte conceptual, decidió donar a la institución que dirige Eduardo Costantini su obra "Time as activity Buenos Aires", tres fotografías y un video que muestran imágenes del Congreso en 2010, el día que se aprobó la Ley de Matrimonio Igualitario. "Time as activity" es un

proyecto que reúne una serie de registros de situaciones y entornos urbanos en los que se entremezcan el metraje documental en filmico o video junto a fotografías y textos, proyecto que Lamelas comenzó en 1969, en Dusseklorf, y extendió luego a numerosas ciudades del mundo. Estos registros mudos, que evitan la narración clásica del cine, buscan transmitir la actividad como evidencia del tiempo.



# Durruti, un desafío para la literatura



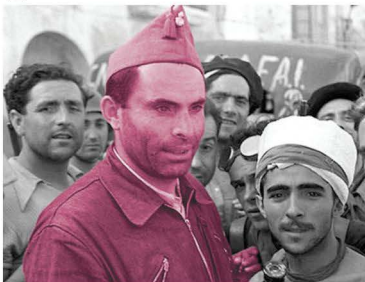
→ JAVIER CHABRAND

Durruti, un misterio para la historia, el hombre que, como cuenta Enzensberger, al morir solo poseía "ropa interior para una muda, dos pistolas, unos prismáticos y gafas de sol".

Se podría decir que Buenaventura Durruti es un misterio tras otro, lo que no hace más que acrecentar su estatura de mito. Desde su muerte hasta hoy, se lo ha dejado de lado y se lo ha recuperado muchas veces, sea en formato de libros de ficción, de investigación, o en películas, que intentaron llenar los casilleros vacíos, como son pocos. A eso hay que sumarle que lo que se sabe es para dejar con la boca abierta a cualquiera. Por ejemplo, su funeral. Durruti debía ser enterrado el 22 de noviembre de 1936, pero era tanta la gente que había asistido que el cortejo nunca pudo llegar al cementerio y debería ser enterrado al día siguiente. En el cementerio de Montjuïc se puede visitar su tumba, pero según Abel Paz, autor de *Durruti en la Revolución Española*, está vacía.

Misterio tras misterio para llegar al misterio mayor: de qué murió Durruti.

Buenaventura Durruti nació en León en 1896 y murió en Madrid en 1936. En 1922 creó el grupo "Los Solidarios", junto a Andrés y García Oliver, entre otros. A este grupo se atribuiría en 1923 el atentado contra el arzobispo de Zaragoza Juan Soldevila. Según declaran Heinz Rüdiger y Alejandro Gilabert en el libro *El año zero de la anarquía. Vida y muerte*



de Durruti, de Hans Magnus Enzensberger, este grupo también habría participado en el asesinato del presidente del Congreso de los Diputados durante el reinado de Alfonso XIII, Juan Dato. Con Primo de Rivera en el poder, Durruti y sus amigos viajan a Latinoamérica. Allí proclamarse la Segunda República (1931), se instala en Barcelona. Durante la Guerra Civil dirige las fuerzas anarquistas en Barcelona durante los combates del 19 de julio de 1936.

Durruti murió el 20 de noviembre, de un balazo calibre nueve largo que había recibido el día anterior en la zona de Ciudad Universitaria de Madrid. Del origen del disparo mortal se tejieron innumerables hipótesis, que habrían sido los comunistas, los republicanos, desertores en desbandada y los mismos anarquistas. Hasta se dijo que la muerte había sucedido

en otro lado y que se había montado la escena para darle carácter heroico.

La literatura se fue encargando de completar algunos casilleros vacíos. Pero ya en 1931, Ilya Ehrenburg había alertado sobre el peso de escribir sobre este hombre: "Ningún escritor se habría arriesgado a escribir la historia de su vida; se parecía demasiado a una novela de aventuras. Este obrero metalúrgico había luchado por la revolución desde muy joven. Había participado en luchas de barricadas, asaltado bancos, arrojado bombas y secuestrado jueces. Había sido condenado a muerte tres veces: en España, en Chile y en Argentina. Había pasado por innumerables cárceles y había sido exiliado a ocho países."

A pesar del consejo, no fueron pocos los que se lanzaron al desafío. La poeta, periodista y militante anarquista Lucía Sánchez Saornil, contemporánea de Durruti, escribió *Romance de Durruti*, donde pregunta: "¿Qué bal te cortó el paso / maldición de aquella hora, / atardecer de noviembre / camino de la victoria?". Muchos años después, Rosa Montero hace una reseña breve pero detallada de su vida en *La hija del canibal*. Abel Paz escribió *Durruti en la revolución española*, Miguel Amorós, *Durruti en el laboratorio*, Joan Llach, *La muerte de Durruti*, César Vidal *La furia libertaria* y Jorge Díaz *La justicia de los errantes*.

Ya sea antes o después de estos libros, la referencia ineludible para abordar el tema es el *El año zero de la anarquía. Vida y muerte de Durruti*, de Hans Magnus Enzensberger. Allí se reconstruye su vida en base a documentos, reportajes, entrevistas, artículos periodísticos y los recuerdos de aquellos que convivieron con él, entre ellos su compañera, la franco

cesa Émilienne Morin, que en el libro declara: "Durruti y yo no nos casamos nunca, por supuesto. ¿Qué se figura usted? Los anarquistas no van al registro civil". A pesar de ser promovido como novela, el libro de Enzensberger es casi antropológico, con algunos relatos brillantes, como la descripción del entierro, a cargo de H. E. Kaminski, periodista y escritor alemán que falleciera en Argentina en 1963. Dice Kaminski: "No, no eran las exequias de un rey, era un sepelio organizado por el pueblo. Nadie daba órdenes, todo ocurría espontáneamente. Reinaba lo imprevisible. Era simplemente un funeral anarquista, y allí residía su majestad. Tenía aspectos extravagantes, pero en ningún momento perdía su grandeza extraña y lúgubre".

El último aporte importante es una novela de Pedro de Paz: *El hombre que mató a Durruti*. Allí, el comandante Fernández Durán y su ayudante son enviados al frente de Madrid, para investigar la muerte del líder. Para escribirlo, Pedro de Paz hizo una gran investigación: "Tres años y años de seguir la pista de testimonios, documentos, libros, actos y familiares de testigos directos—alguno de ellos de naturaleza excepcional—de la férrea certeza de que Durruti falleció debido a un desgraciado y desafortunado accidente del que tengo comprobada la secuencia en la que se produjo y sus detalles minuto a minuto. Pero esa teora (solo de gusto de mi propia especie) de aquellos que desean accederse a la auténtica verdad). Los más la desprecian porque no presenta conspiraciones, visionarios, teorías ocultas, políticas malvadas, traidores, quita columnistas y todo aquello que engrandeció a una leyenda". Probablemente el accidente al que se refiere de Paz tenga ciertas coincidencias con lo que detalla el escritor Durruti Clemente Cayús, al diario *El País* en 1993. Según Cayús, Durruti murió al dispararse el fusil mientras discutía con un ayudante, y los testigos del accidente juraron mantener el secreto para no manchar el mito.

La muestra "Latinoamérica: volver al futuro", que se inaugurará el 6 de abril en el Museo de Arte Contemporáneo de Buenos Aires (Macba), recorre las conexiones entre proyectos modernizadores regionales y prácticas artísticas contemporáneas, desde 1950 al presente. Los cuatro niveles del museo ubicado en la porteña avenida San Juan 328, estarán ocupados por una

selección de más de 70 obras, entre otros autores, de los carpinteros, Lux Linder, Enio Iommi, Gyula Kosice, Guillermo Kutitca, Oslas Yanov, María Luz Bedoya, Carla Bertone, Lina Bó Bardi, Gabriela Böer y Martha Boto. Curada por Federico Baeza, la exhibición podrá visitarse hasta el 3 de marzo de 2019, de lunes a viernes de 11 a 19 y los fines de semana de 11 a 19.30.



## La cronista del sueño americano



→ JUAN MAZONAVE

VIENE DE LA TAPA

El libro se llama *Las que sueñan el sueño dorado* (2012). Es un volumen que reúne, en español, sus más reconocidas crónicas y sus ensayos fundamentales, material que se hallaba disperso en sus diferentes títulos publicados en inglés: *The White Album, Slouching Towards Belen, After Hermy, Miami, Salvador*.

Son textos de no ficción que representan décadas de trabajo de una pluma sólida, elegante, informada y puntillosa, en su gran mayoría retratos de las desviaciones de una Norteamérica en plena ebullición. Como cronista, Joan Didion pareciera preferir las zonas de desintegración. Le interesa lo que aún no murió pero está en sus últimos estertores, la apasionada descubrir qué es lo que está por nacer, aunque pueda resultar un fiasco. Está obsesionada con los huecos de la narrativa, tanto a nivel personal ("Nos contamos historias a nosotros mismos para poder vivir", dice, famosamente, la frase inicial de su ensayo *El álbum blanco*) como la narrativa que domina el discurso social en una época determinada. Los textos de Didion van minando las bases de las historias que se cuentan las personas, allá por los 60 y 70, acerca del surgimiento del Flower Power, el uso del LSD, la proliferación de gurús y líderes espirituales junto a la de crímenes sin motivo aparente. En abierta oposición al periodismo epidérmico—del que se mofa bastante—, a Didion la desvelan los matices, las contradicciones profundas, lo que no encaja.

*Las que sueñan el sueño dorado* puede dividirse en tres partes. Una corresponde a los ensayos y crónicas de lo que sucedía en la Costa Oeste durante los años álgidos de Vietnam, los Beatles y la contracultura en los centros urbanos, la era Reagan, los engranajes que movían la maquinaria de Hollywood, a la que conoció desde adentro como guionista. Otra parte está dedicada a los viajes. En los 80, Didion viajó a San Salvador y a Miami para narrar, en un caso, la vida bajo la dictadura y, en el otro, la paranoia y el delirio conspiratorio norteamericano luego del asesinato del presidente John Fitzgerald Kennedy, con la respiración en la nuca de la Cuba comunista. La tercera parte, quizá la más interesante, se la llevan las piezas personales. Allí Didion utiliza un tono íntimo, franco, y bucea en los rincones más dolorosos de su experiencia con una honestidad descarnada. En cada frase revela otro pliegue, oscuro, casi insosportable, de ella misma.

De esta sección, es indispensable su ensayo titulado "Sobre el amor propio". "Si tienes ese sentido del valor intrínseco de vos mismo que constituye el amor propio, se puede decir que potencialmente no te falta nada: ni la capacidad de discernir ni la de amar ni la de permanecer indiferente. Que te falte, en cambio, equivale a estar encerrado dentro de vos mismo y ser paradójicamente incapaz tanto de mostrar amor como indiferencia". También habla aquí de cómo aprendió a lidiar con el dolor de cabeza crónico ("En un momento de la vida me acordé de un viaje a un pueblo de los Andes, cuyos vuelos y habitaciones de hoteles ("De gira") en la nieta compañía de su hija de cinco años. Y es conmovedora la pieza que le dedica a su editor, Henry Robbins, cuando éste muere de forma sorpresiva (acaso la primera muerte significativa en la vida de la escritora). A él le escribe estas hermosas palabras: "Si el editor era Henry Robbins, era la persona que le daba al escritor la idea de sí mismo, la imagen del yo que permitía al escritor sentirse a solas para escribir".



→ LEONARDO HUEBRE

El editor, inventor, ingeniero e escritor Hugo Gernsback nació en Luxemburgo el 16 de agosto de 1884. En 1905 se trasladó a New York donde a través de sus publicaciones se convirtió en el mayor divulgador de la ciencia ficción de su época. Es por esta razón, más que por su producción literaria, que algunos lo consideran, junto a Julio Verne y H. G. Wells, como padre del género.

Cuando Gernsback se trasladó a los Estados Unidos lo hace con la idea de desarrollar todo lo que en Europa había aprendido sobre sistemas telefónicos y telecomunicaciones; por esta razón crea la "Electric Importing Company". Es a la sombra de esta empresa que en 1908 nace la revista *Modern Electric*, dedicada a la divulgación de la radio y la electrónica: pensada como catálogo para publicitar los productos que vendía por correo (sobre todo la radio "Shack"), en un momento a Gernsback se le ocurre agregar algo de ficción: es allí que comienza a aparecer en serie su novela *Ralph 124C 41: A Romance of the Year 2660*, en la que describe la vida en un futuro futurista en la que el inventor Ralph y su pareja viven sus asuntos personales entre hidroponía, mobiliario plástico, vuelos espaciales, videoteléfonos, alimentos sintéticos, transportes humanos aéreos, ocio por medio de elementos electrónicos, hipnopedía y la Onda Eférea Pulsante Polarizada. *Ralph 124C 41* carece de calidad literaria, pero de su autor.

En 1913 crea *Electrical Experimenter*, una revista que publica artículos en *Science and Invention*: entre sus colaboradores estuvieron el físico Nikola Tesla, quien con sus investigaciones revolucionó el em-

pleo práctico del electromagnetismo y Edwin Howard Armstrong, el inventor de la "Frecuencia Modulada" y "radial". Como ya era su costumbre, entre artículos y artículo comienza a intercalar algunos cuentos de ciencia ficción. A mediados de la década del veinte lanza la que sería un hito en la historia del género: *Amazing Stories*, publicación de relatos dedicada a lo que Gernsback bautizaría como *sciencifiction*. El lema de la revista, es la mejor manera de describir el pensamiento de su director: "Ficción extravagante hoy, hecho innegable mañana".

*Amazing Stories* contaba con reimpressiones de obras de autores como Julio Verne, Edgar Allan Poe y H.G. Wells, entre muchos otros. La línea editorial a seguir es una historia encantadora mezclada con un hecho científico y una visión profética.

En el tercer capítulo de *Viajar en el tiempo*, James Gleick se detiene en los anuncios de las publicaciones de Gernsback: "190 kilómetros por litro de gasolina", muestra gratis de Whirlwind Mfg. Co. de Milwaukee; "Corrije tu nariz, da forma a la carne y el cartilago mientras duermes, oferta de prueba de treinta días, folleto gratuito"; y "Nuevo prodigio científico: curioso aparato de rayos X, niños, gran diversión, al parecer se va a través de la ropa, madera, piedra, cualquier objeto. Vea los huesos al desnudo, precio 10 centavos".

La larga lista de inventos patentados por Gernsback es de ochenta, entre los que se destacan el "Tele-Eyeglasses", precursor de los "Google Glass", el "Staccato" y el "Pianora", instrumentos musicales basados en las válvulas de vacío, el "Isolator", una especie de oscilador con la que aislarse del mundo del "Skyscraper", vehículo de combate para la destrucción de edificios, el "Automaton", policía robótico con mando a distancia, el "Radio Horn", un controlador que mejoraba el sonido del transistor, el "Depilator", un aparato para eliminar el vello sin uso de cera, y más...

Pero a Gernsback no le alcanzaba con sus inventos ni con ser el editor de *Ciencia Ficción* más importante de los años veinte y los treinta. Estaba convencido de que su misión en el mundo era educar a las nuevas generaciones en los cambios que la tecnología provocaría en sus vidas. Comenzó a dar charlas seminarios y conferencias, aparecía habitualmente en programas radiales y siguió generando publicaciones en paralelo a *Amazing Stories*, como *Science Wonder Stories*, *Air Wonder Stories* y *Thrilling Wonder Stories*, pero los lectores ya se habían volado a nuevas propuestas, lo que trajo caída en las ventas y aumento de deudas. Es curioso, pero cuando pierde el control de la editorial y no puede utilizar *sciencifiction* en sus nuevos proyectos, crea la denominación más popular para el género: *Science Fiction*.

A principios de 1950 la Convención Mundial de Ciencia Ficción instauró en su honor los Premios Hugo, que les fue otorgado a Isaac Asimov por *Fundación e Imperio*, a Ray Bradbury por *Fahrenheit 451*, a Frank Herbert por *Duna*, a Philip Dick por *El hombre en el castillo*, a Ursula Le Guin por *La mano izquierda de la oscuridad*, a Arthur Clarke por *Las fuentes del paraíso*, a William Ford Gibson por *Neuromancer*, entre otros.

A propósito de Gibson, lo homenajea en el cuento *El continuo de Gernsback*.

El hombre que dijo "dentro de cincuenta años podrá ver lo que está sucediendo en su emisora predilecta y encontrarse cara a cara con su cantante favorito. Se podrá ver al Dempsey de dentro de 50 años boxear con su Tunney, tanto si se encuentra a bordo de un dirigible como lejos, en las selvas de África, o ver dichas selvas tal y como son imaginándose la historia de las civilizaciones antiguas", murió el 19 de agosto de 1967 en la ciudad de New York, la geografía en la que se divirtió asociándose al futuro.

La escritora japonesa Eiko Kadono (foto) y el artista ruso Igor Oleynikov recibieron el Premio Hans Christian Andersen 2018—considerados el Premio Nobel de Literatura Infantil—según anunció el martes en la Feria del Libro Infantil de Biología Patricia Aldana, presidenta del jurado del premio, en representación de la Junta Internacional de Libros para Jóvenes. Una de las obras más famosas de Kadono es la

saga "Kiki" publicada en 1985 en Japón y traducida en los Estados Unidos en 2003, la historia de una joven bruja en la ciudad de Koriko. El libro fue adaptado en una película animada por Hayao Miyazaki. Por su parte, Oleynikov comenzó su carrera como animador de Soyuzmultfilm en Moscú, antes de ilustrar libros. El argentino Pablo Bernasconi fue uno de los preseleccionados.



## EL LIBRO DE LA SEMANA

→ DAMIAN TABAROVSKY

# Saberes de pasillo de Horacio González

Hace poco un taxista —oficio sobre el que Horacio González supo escribir— me llamó "muchacho". Lo tomé con alegría, sorpresa y tal vez, algo de pena: entrado en años, ya no soy un muchacho. Justamente por eso, me acuerdo de cosas viejas, muy viejas, de los años 80, por nombrar una década. Por ejemplo, me acuerdo de los Cuadernos de la comuna, la pequeña revista de distribución gratuita—subvencionada por una comuna del norte de la provincia de Buenos Aires o del sur de Santa Fe, creo—que dirigía Horacio González. No se trata de la prehistoria de González—digamos, del *Pava nostras*, Antonio Gramsci, de 1971—sino de una época fundadora o refundadora o auspiciadora de lo que vendrá después: *El ojo mudo*, la travesía dolorosa de los 90, y luego del 2003, la actividad pública de González, mucho más conocida.

Creo recordar artículos de González en *Unidos* y en *Cuadernos de la comuna* de la segunda mitad de los 80. Pero no los tengo conmigo (muñanzas, donaciones a bibliotecas—como la colección completa de Babel: ahora me arrempieto de haberlo hecho—y otras situaciones me dejaron sin ellos). Estoy casi seguro que en *Cuadernos de la comuna* escribió varios textos sobre la situación de la universidad. En uno, en plena discusión sobre la modernización universitaria—incluida en el proyecto modernizador de la Argentina del Alfonsínismo—, es decir, en sintonía con la llegada de un discurso tecnocrático a la universidad, con sus esferas administrativas y académicas altamente normalizadas, sus departamentos estancos y su ideología de "dar respuesta a las demandas de la sociedad", González llamaba a que la universidad no cierre la brecha con la sociedad (aquí deberíamos preguntarnos de qué hablamos

cuando hablamos de "sociedad") y, en cambio, que mantenga cierta distancia crítica, autónoma, distante. Tengo un recuerdo vívido: en ese momento pensé que González definía a la universidad casi en términos vanguardistas. No proponía esa autonomía como una forma del elitismo, sino al contrario, como un modo de la crítica, de una espesura histórica e intelectual radical.

Es una pena que Juan Laxagueborde, compilador de *Saberes de pasillo. Universidad y conocimiento libre*, de Horacio González, no haya burgado en esos textos viejos. Pero eso no le quita un ápice de interés a su trabajo, ni mucho menos a los textos de González: una serie de artículos publicados originalmente de los 90 en adelante sobre la universidad, la posibilidad del conocimiento universitario, la sociología como estante teórico de reflexión y, por supuesto, la tensión entre universidad y espacio público, o dicho de otro modo, entre la universidad y la época. Y si el libro no pierde un ápice de interés, es porque este telón de fondo está presente en todos los textos.

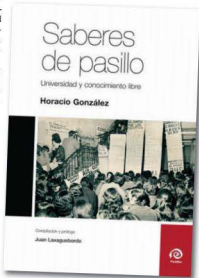
González pertenece a la tradición de intelectuales que discuten críticamente con su propia praxis cotidiana. Lo hizo como director de la Biblioteca Nacional primeriza (la primera biblioteca pública argentina, si las hay), seguramente la mejor y más aguda desde el 83, pero también y sobre todo en *Historia de la Biblioteca Nacional: estado*

una polémica, libro que problematiza la historia de la Biblioteca y su propio lugar en él. Lo hizo también, y quizás más que nadie, como profesor universitario: todo el pensamiento de González está cruzado por una interrogación crí-

fica de escritura. Escritura en pugna con las escrituras oficiales, positivistas, gerenciales. La escritura en González apela a la retórica y a la leocra, a la historia y a la vanguardia. ¿Un vanguardista historicista? Quizás ese otimismo lo defina bien.

Y la universidad para González es también una cierta localización, un locus, un sitio en el mapa, en la topología. Está en el título del libro: el pasillo. El pasillo como un lugar de saber. Es decir: adentro. Adentro de la universidad, pero en un lateral, en un margen, en la línea que liga, de un lado, con el claustro, el aula, la biblioteca. Y del otro con la calle, el café, la ciudad. Así describe González el surgimiento de la carrera de Sociología en la vieja facultad de Filosofía y letras de la calle Viamonte: "La sociología, por más mediocre que fuera, traía rumores urbanos, justamente por haber construido

pasillos invisibles en la Facultad, que iban a bares, que iban a otros edificios que debían anarse, que contribuían a arruinar un poco aquel patio andaluz donde se había sentado Borges" (Permítame agregar entre paréntesis la digresión que continúa, acerca de Borges: "Borges ojalá que hubiera sociólogo en su Facultad, donde quería enseñar a Shakespeare y el inglés anti que a Aristóteles, mismo tiempo tan revolucionariamente, digámoslo así, que se negaba a tomar exámenes, se negaba a considerarse un profesor; y se negaba a crear cualquier vínculo entre profesor y alumno. No sé si eso es la cúspide del pensamiento conser-



La foto muestra una sala de clases con estudiantes sentados en sus pupitres, mirando hacia adelante. El profesor parece estar en el frente de la clase. La imagen es en blanco y negro y tiene un aspecto documental.

vador aliada a la cúspide del pensamiento revolucionario").

Por supuesto que esa ilusión de la sociología como algo que "venía a arruinar", es decir, a arruinar cierto conservadurismo universitario del ambiente de los 60, fracasó: "La sociología que culmina su periplo secular como doña de los medios de comunicación, filósofa de los no filósofos y metodóloga política para la administración modernizante del conflicto". O también: "Alguna vez pasé a esperar que triunfaran las ciencias sociales en la figura sutil del crítico de épocas. Triunfaron en la figura del analista electoral, del sociólogo de la intención del voto y del armador de campañas para amoldar instituciones y sensibilidades".

Hace muchos años, cuando era un muchacho, pasé por la universidad. Y después me fui. No pasa un día en que no me pregunte si hice bien. González se quedó. ¿Por qué habrá sido? No estoy en condiciones de dar esa respuesta (tal vez ni siquiera correspondía formular la pregunta). En algún pasaje del libro, afirma que "es posible en la Argentina, porque es un país de grandes textos". Los de González, entre otros. Producidos en la universidad, en esa universidad de los aires, de las terrazas y los trenes, en esa escritura que, una y otra vez, no deja de preguntarse por la posibilidad de una verdadera autonomía universitaria: "La autonomía de la universidad es moral e intelectual. Y eso tiene que repercutir de inmediato en su consiliación científico-técnica. No se puede pensar una universidad desprendida de las demandas de la sociedad, al mismo tiempo estas exigencias sociales no se cumplirán si la universidad no tuviera una suerte de ley propia del conocimiento".